

# ***La escuela laica***

## ***Semillero de déspotas y dictadores***

**Dr. José González Campo**

El presente ensayo, escrito en el año de 1953, forma parte del libro inédito "*Los que vi caer*".

Los gobernantes son sembradores que siembran a largo plazo. Las acciones y aún las palabras de los hombres, producen efectos como si fueran conjuros o sortilegios. El mundo de hoy es el mundo que forjaron las generaciones que nos precedieron. El mundo de mañana lo está forjando esta generación culpable y decrepita. La Guatemala de hoy es como una cinta cinematográfica que nuestros antepasados proyectan desde la oscuridad de sus tumbas. La revolución del 20 de octubre es una vicisitud cuyo sentido trágico estaba ya en germen en la revolución del 30 de junio. Miguel García Granados, el tribuno, preparaba el campo para la irrupción de Jorge Toriello, el advenedizo. Justo Rufino Barrios, el ex-presidiario de Comitán, es el zapador que desmochó los caminos para el paso de Juan José Arévalo, el renegado.

En los albores del siglo XX estaban en su apogeo los ideales del liberalismo, impregnados del espíritu volteriano de la revolución francesa, que proclamó la fraternidad con el filo tajante de la guillotina. La Guatemala del "socialismo espiritualista" fué modelada en el patrón de la escuela laica, introducida en nuestras instituciones y elevada al rango de dogma constitucional por la Asamblea Constituyente de 1879. La escuela laica es la gran cifra que anotan en su haber los hombres de La Reforma; pero estamos palpando ahora sus consecuencias en balance aterrador de más de ochenta años. La escuela laica es, en realidad, una de las muchas cifras del debe de aquella revolución, como el sometimiento al comunismo internacional es la negra partida que la historia asentará en el pasivo de bancarrota de la revolución de octubre.

La escuela laica, de inspiración satánica a través de la francmasonería, fué iniciada en Francia. Aparece como su fundador Jules Ferry, por los

años de 1870-1880. Llama la atención que esta novedad europea haya sido adoptada en Guatemala a raíz de su aparición en el mundo, mientras los grandes progresos en aquellos tiempos de aislamiento y comunicaciones lentas nos llegaban con varias décadas de retraso. Sin una poderosa organización internacional, interesada en difundirla, no se explicaría ese récord de velocidad.

\* \* \*

Los turiferarios de la escuela laica se aferran a ella como un postulado imprescindible de la democracia; pero veamos lo ilógico y la inconsecuencia de sus razonamientos. Democracia, dicen, es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. En la práctica ha sido el gobierno de un solo hombre o de una camarilla para su exclusivo beneficio. El pueblo no cuenta más que para explotarlo. En la teoría constitucional es el gobierno de las mayorías, con la adhesión espontánea y la libre colaboración de todos los ciudadanos. Cuando el pueblo, en mayoría abrumadora como el nuestro, profesa la religión Católica, es no solamente antidemocrático, sino bárbaramente totalitario el dictar leyes de opresión contra la Iglesia Católica.

La Guatemala anterior a la revolución la pintan los historiadores de la escuela del Dr. Montúfar como una nación retrasada y fanática. Todavía en nuestros días, María Vilanova de Arbenz, en mala hora primera dama de Guatemala, declaró a un periodista de la Associated Press Feature, que la educación de las mujeres guatemaltecas es muy conventual; que sus vestidos son muy severos y el escote está definitivamente prohibido. ¿Cómo se justifica en esas condiciones la imposición de la escuela laica y de todas las leyes jacobinas de la revolución sin una voluntad despótica y totalitaria?

La escuela laica es planta rastrera que aja la albura de la Monja Blanca, nuestra Flor Nacional; empaña el porvenir de la patria, y mancha la pureza de las almas de nuestros hijos. Como lo hace notar el escritor Juan Pedro Irigoin, refiriéndose a la República Argentina, "El laicismo es un mal extranjero que impide la formación de la conciencia nacional y facilita la tarea de absorción y de conquista a los imperialistas que se disputan la hegemonía espiritual y económica de nuestra joven república".

\* \* \*

La religión, ignorada por la escuela laica, es lo único trascendente entre las ocupaciones y las preocupaciones de los hombres. Estos, que por su naturaleza tienden a apartarse de los rectos caminos, aceptan sin objeción el precepto evangélico de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; pero a la hora de las dádivas ofrendan todo al César y nada dejan para Dios. Y porque los amos de la tierra codician todo para ellos, proscriben a Dios de las leyes, de la moral, de la escuela y de todo rincón donde la Eterna Verdad pueda causarles estorbo. Pocos siglos han bastado al laicismo para que estemos cosechando sus terribles consecuencias. Ayer, José Martí pudo afirmar en tono dogmático: "En tiempos teológicos, Universidad teológica; en tiempos científicos, Universidad científica". Un emi-

nente universitario, Alexis Carrel, se lamenta en nuestros días: "Por no insistir lo bastante en el aspecto religioso de la vida, el mundo se halla a dos dedos de su ruina". Después de la rendición de los japoneses, el General Douglas Mac Arthur, refiriéndose a la paz, exclamó: "El problema es fundamentalmente teológico y evige un renacimiento espiritual... Tiene que ser del espíritu, si se ha de salvar la carne". En el momento de la victoria de Seoul, al entregar al Presidente Syngman Rhee, la ciudad libertada del comunismo, terminó su discurso invitando a sus oyentes a unirse a él en la oración, y rezó la plegaria de los cristianos: "Padre nuestro, que estás en los cielos..." En plena guerra fría entre Oriente y Occidente, la revista "Selecciones del Reader's Digest" publicó una representación gráfica de la Democracia, colocando en su base la "creencia fundamental en Dios". Se trata, indudablemente, de la democracia orgánica y organizadora y no de la pseudo democracia revolucionaria de que nos han hablado los panteeristas de 1871 y los advenedizos de 1944.

\* \* \*

La impiedad con certera visión tremoló la bandera de la escuela laica en su lucha contra Dios; pero Dios si deja a los hombres forjarse la ilusión de vencerlo en las escaramuzas parciales de esa lucha, no permitirá jamás que los arquitectos de la desolación salvan victoriosos en la batalla final. Todo lo perderán cuando crean haberlo ganado todo. La escuela laica obedece a un plan satánico para incubar generaciones sin moral, pues raquitica y deforme es toda moral que se desentiende de Dios.

Dostoyewsky había escrito: "Si Dios no existiera, todo estaría permitido". La escuela laica, cuando mucho, enseña una moral natural, basada en la razón, que es fuerte de error y base deleznable. Con frecuencia engendra la vieja moral de Caín y del doctor Arévalo, aunque éste se empeñe en anunciarla como nueva. La moral en armonía con la religión es una moral sobrenatural, asentada en la base incommovible de la filiación divina, que tiende a las cumbres del bien. Es la moral eternamente nueva del Evangelio que ha producido los frutos ubérrimos de la fraternidad y de caridad cristianas. La escuela laica priva del incomparable tesoro de la formación religiosa a los desheredados de la fortuna cuya indigencia les obliga a concurrir a las escuelas del Estado, que entre nosotros son paupérrimas y deformadoras del corazón y de la inteligencia de los niños. Propugna una educación integral; pero da de mano al más fecundo de sus objetivos, el que desarrolla afina y vigoriza lo que hay de más noble y amable en la psiquis; que induce al niño a forjar su personalidad sin apartarse de los divinos mandatos y a dar a cada uno lo que es suyo, en armonía con la eterna Justicia.

Durante la administración del General José María Orellana se cambió el nombre de Ministerio de Instrucción Pública por el de Educación Pública, en alarde de que la acción educativa del Estado no se iba a circunscribir al solo cultivo de la inteligencia, sino también al del cuerpo, a los trabajos manuales y al deporte. De Dios y del espíritu ¿quién iba a acordarse? En los inventarios del liberalismo no figuran los tesoros de la gracia, el acto de fe y las virtudes heroicas. La grandeza del hombre, cuyo destino no es solamente producir y consumir, consistirá siempre, a pesar

de las aberraciones del laicismo y del comunismo, en su capacidad de amar y de pensar. Y esa capacidad se aumenta a medida que se baña en la divina luz de Jesucristo.

Los hombres de la revolución de 1871 despreciaron la voluntad de nuestros próceres, expresada en el punto décimo del Acta de la Independencia de Centro América: "que la religión católica, que hemos profesado en los siglos anteriores y profesaremos en los siglos sucesivos, se conserve pura e inalterable, manteniendo vivo el espíritu de religiosidad que ha distinguido siempre a Guatemala, respetando a los ministros eclesiásticos, seculares y regulares, y protegiéndoles en sus personas y propiedades".

\* \* \*

La Reforma, realizada en Guatemala por la mano férrea de un ex-presidario, el más cruel de nuestros dictadores, prolongó su influencia, como todos los totalitarismos, más allá de nuestras fronteras. El Salvador, Honduras y Nicaragua fueron contagiados del panterismo barrista. La más lejana de las cinco repúblicas de Centro América, la culta Costa Rica, fué la única que pudo librarse de esa influencia y permaneció fiel en su Constitución Política y en sus costumbres a la voluntad de los fundadores de la nacionalidad centroamericana. Ello es una prueba irrecusable contra la falacia de que el progreso es obra de la revolución y explica por qué la más pequeña de nuestras hermanas es la única que ha ido más allá que nosotros en la realización de la verdadera democracia. Para decirlo con más verdad, es la única que ha vivido una vida democrática, mientras nosotros hemos vivido siempre bajo el signo de la dictadura. Y para completar la prueba por la antítesis, Guatemala, foco del contagio, centro de la llaga, ha sufrido en forma más brutal y constante que El Salvador, Honduras y Nicaragua los latigazos de la tiranía y de la barbarie. La influencia de la perversidad pierde fuerza con la distancia.

Por eso, hoy que Guatemala es de nuevo foco de contagio comunista, es El Salvador quien primero está sufriendo los impactos de su propaganda. Los hechos prueban más que las palabras. Antes de perder la razón, Federico Nietzsche escribió en "Aurora" que "la refutación histórica es la refutación definitiva. Los hechos que estamos palpando en Centro América, pueden palparse en todas partes donde el laicismo arranca del alma de los niños las posibilidades de vida cristiana y moral y las abre a las posibilidades del crimen. En la escuela laica deben buscarse las raíces del neopaganismo que ahora impregna la vida actual americana. Para no citar sino unos pocos hechos, recordemos los centenares de comunistas, espías y pederastas que han hallado arrimo en el Departamento de Estado, "la deshonestidad intelectual" y "la corrupción tolerada" a que aludió el ex Presidente Hoover en la Convención de 1952 del Partido Republicano. La libertad religiosa atenúa en los Estados Unidos la acción corrosiva del laicismo, pero no logra neutralizarla. En diciembre de 1950 se efectuó en la White House una conferencia de Educación y Asistencia social a la que concurrieron más de cinco mil delegados, en representación de corporaciones dedicadas a esas actividades docentes y benéficas. Los propios educandos manifestaron en ella que "necesitan una dirección espiritual que no reciben en la escuela, y que están desilusionados por la filosofía mate-

rialista que heredaron” pero su noble inquietud fué desofda. La impiedad arroja a Cristo de la escuela porque aquel Maestro incomparable pasó por el mundo haciendo el bien e incitándonos a imitarle. Las palabras que brotaron de sus labios tienen resonancias eternas. Más que a sus apóstoles, fué a estos verdugos de la inocencia, a quienes contemplando en el devenir de los siglos, dijo con dulce tristeza: “Dejad a los niños que vengan a mí porque de ellos es el reino de los cielos”.

\* \* \*

Antes de la Reforma, el solar guatemalteco produjo una pléyade de hombres ilustres, como no los ha producido la escuela laica. Carlos Pereyra, en su Historia de la América Española, afirma que “al terminar el régimen colonial, aparecieron hombres de mérito extraordinario, testimonio viviente del valer de la generación que les había precedido. No se concibe la existencia de individuos como Fray Matías de Córdoba, don Rafael García Goyena, don José Irisarri, don José Batres Montúfar y don José Milla y Vidaurre, sin un ambiente general de alta cultura. Algunos de estos hombres no son la anónima primera fila entre las discutibles ilustraciones de un pueblo atrasado. Figuran con dignidad en el conjunto de los pueblos de cultura iberoamericana”

A los nombres citados, podrían agregarse otros, no menos gloriosos, como los de Alejandro Marure, Mariano Gálvez, José Mariano González, José Venancio López, Antonio Ortiz y Urruela, Antonio Larrazábal, Juan Dieguez Olaverri, Pedro José Valenzuela, Bernardo Escobar, Juan José de Aycinena, Ignacio Gómez, Fernando Cruz, Antonio Batres Jáuregui, Francisco Laínfiesta y Ricardo Casanova y Estrada, formados todos en la escuela que el liberalismo tilda de oscurantista. Una recia personalidad da esplendor a los apellidos más vulgares. El poeta Juan B. Palacios (Almafuerte), dijo que “de la escuela sin Dios pasaremos a la prole sin apellido: el que niega lo más, niega lo menos”.

Ante esos nombres esclarecidos, ante el fracaso de la escuela laica, los abogados de la impiedad alegan que la Reforma democratizó la escuela, llevando a todos los rincones de la república las luces de la instrucción. Los que hemos meditado sobre nuestros problemas educativos y palpado la realidad, sabemos que la educación pública en las escuelas de la capital ha sido pobre y deficiente, el más vergonzoso de los fracasos, producido por la mediocridad y la tacañería. En los pueblos remotos, de vida primitiva y mugrienta, no ha pasado de ser una farsa criminal, más culpable cuando la gestión administrativa ha estado en manos de un togado, como Estrada Cabrera, o de un Doctor en Filosofía, como Arévalo Bermejo, que cuando se ha puesto en la de soldados ignaros, como Rafael Carrera o Lázaro Chacón. Si la escuela oficial, laica, obligatoria y gratuita, no fuera una mentira, en más de ochenta años de liberalismo y de “socialismo espiritualista”, habría desaparecido el porcentaje acusador de analfabetos, en cuya inteligencia mental se apoya la impudicia de nuestros mandarines. Los gobernantes de nuestro siglo tienen en su contra la circunstancia agravante del ritmo acelerado del progreso que avanza por todos los rumbos y cuenta con los auxiliares valiosos de la radio, el cine, la televisión, los vehículos motorizados, la aviación y todos los adelantos de la técnica y de la ciencia.

Una formación religiosa no puede producir resultados proficuos si los encargados de impartirla no son maestros sabios y virtuosos. Los que implantaron la escuela laica sostuvieron que la religión debía enseñarse en el hogar y en la Iglesia; pero esos señores nada sabían de religión y en sus acciones brillaba por su ausencia la moral. Con el rodar de los años esa ignorancia se hace más grande y esa vida amoral más escandalosa. Los sacerdotes van desapareciendo con la persecución religiosa y los pocos que quedan, salvo honrosas excepciones, corren peligro de contaminarse con los vicios de la sociedad que les rodea. A duras penas pueden llenar las necesidades del culto y en forma lamentable y deficiente la enseñanza catequista.

Y ¿dónde están las madres cristianas de nuestro pueblo, aptas para la noble misión de santificar el corazón de sus hijos? Piénsese en las madres infelices de nuestros campesinos, tan necesitadas ellas mismas de toda instrucción. Cuando mucho, podrán inculcar en sus hijos unas cuantas supercherías que nada tienen que ver con la esencia del verdadero cristianismo. Este es el punto doloroso de la llaga que estamos tocando. Las buenas madres dan hijos virtuosos a la sociedad y labran la felicidad de los pueblos. Las madres salidas de la escuela laica son madres frívolas; madres según la carne; pero no según el espíritu. La democracia atea condena a los hijos de los pobres y en los días de racha revolucionaria que estamos viviendo, aún a los hijos de nuestra burguesía, a crecer y vegetar como las bestias, sin que unos labios llenos de dulzura les haya hablado del buen Dios que viste los lirios del campo y hace menos amargo el pan de los pobres. Esto no lo ignoran los paladines de la escuela laica. El ideal que persiguen es la sociedad atea y despreocupada. Para ellos mejor que las madres, ayunas de instrucción religiosa, sean encargadas de dar a sus hijos lo que ellas no tienen e impartir las nociones de que carecen en lo absoluto. Los frutos de esa política que arranca de los siglos XVIII y XIX, los estamos cosechando en sus más dolorosas consecuencias las generaciones de mediados del siglo XX, a causa de que la cultura estaba demasiado imbuida de la tradición cristiana. La obra de la impiedad ha necesitado muchos lustros para llevarnos a la indigencia espiritual en que ahora nos encontramos.

\* \* \*

Enrique Ferri, en un ensayo sobre la santidad, anota que en este siglo se acentúa una oleada de espiritualismo idealista y religioso "como efecto de la enseñanza que se impartía en las escuelas católicas, a las cuales la burguesía volteriana tuvo la buena idea de enviar a sus propios hijos para preservarlos del contagio psíquico de las ideas revolucionarias". Entre nosotros, una misión análoga han llenado los colegios católicos, sostenidos por particulares, aunque sus labores han encontrado obstáculos en las ingerencias del oficialismo y no han podido sustraerse a la influencia deletérea del ambiente.

Podrá argüirse que en la gran democracia americana la enseñanza que se imparte en las escuelas del estado es laica; pero, como ya dijimos, el daño que éstas hacen está contrarrestado, en parte, por la amplísima libertad religiosa que se practica en los Estados Unidos. Nadie podrá negar que en dicho país, a despecho de su fabuloso poderío material, están lejos los tiempos de Jorge Washington y de Abraham Lincoln. La corrupción

administrativa, confesada por su propio gobierno, no será detenida mientras sus hombres sigan educándose en la escuela que desconoce al Padre celestial de quien manan todos los bienes. Si los hombres en cuyas manos han estado los destinos de ese gran pueblo hubieran sido educados sin el abandono de la parte más noble y digna del ser humano, la victoria habría sido aprovechada para organizar la paz sobre bases de fraternidad y de justicia. Habría sido protegida la soberanía y la libre determinación de las pequeñas nacionalidades estranguladas por el totalitarismo soviético. La bomba atómica, puesta en las manos de impuros gobernantes en un momento estelar, habría sido, sin necesidad de arrojarla ni de asesinar mujeres y niños, el instrumento providencial para hacer retroceder a la barbarie comunista.

